

## EL ECO DE CARTAGENA.

Mártres 13 de Junio de 1882.

## LA INQUISICIÓN Y LA REVOLUCIÓN

POR

## ABDÓN DE PAZ

—c—

Gaza saca los ojos á los magistrados de Israel; Atenas envenena á los filósofos que le hablan de la Unidad de Dios; Roma, no satisfecha con degollar á sus oradores, convierte la Religión del amor y de la misericordia en blanco de sus odios y de sus venganzas.

El piadoso Trajano sanciona la conducta de su procónsul de Bitinia, Plinio el Joven, que atormenta á las esclavas para inquirir si profesan el Cristianismo. El paternal Adriano precipita en una de las cascadas de Tivoli á Sinforosa, viuda del tribuno militar Getulio. Ni vale que Antonino Pio, ganoso de eludir el cargo de perseguidor, reitera los edictos de Trajano y Adriano para que á nadie se condene sin prueba, porque cuantos descubren su fe en Jesus marchan al apa con objeto de que se retracten en el acto. Hasta el apacible Marco Aurelio consiente que el anciano obispo de Esmirna, Policarpo, sucumba á manos de los degolladores de las fieras. Ocorre una tempestad, un terremoto: los nazarenos tienen la culpa. Y la plebe sacia en ellos su saña. La peste que asoló las orillas del Tiber, imperando Decio, bastó á motivar una de las mayores persecuciones. Quiénes perecieron de hambre, quiénes á pedradas, quiénes entre planchas candentes. En la época de Diocleciano apenas hubo discipulo del Evangelio que se librara de morir ahogado en el mar, despedazado en el circo ó abrasado en la hoguera. A centenares se derribaron sus templos. A millares se incendiaron sus libros. Los bienes eclesiásticos se vendieron en almoneda. Los ingenuos perdieron sus empleos. Los libertos la esperanza de su libertad. Ni tuvieron derecho á quejarse contra aquel huracan de violencias. Los jueces se transformaron en esbirros.

Los primeros Padres de la Iglesia protestaron de una tiranía que tanto había perjudicado á la ortodoxia. *Nihil tan voluntarium quam religio* exclamó Lactancio. Y la exclamación del discipulo de Arnobio se extendió de tal suerte, que hasta el inculto arriano Alarico repetía: «Es inútil forzar las conciencias.»

Sin embargo, no todos los herejarcas pensaban lo mismo. La mayor parte, levantados en son de guerra, amenazaban la libertad, y aún la vida, de sus contrarios. Siguiendo cuya corriente, aparecieron al comenzar el siglo IV los donatistas,

que asolaron el Africa, pretendiendo en nombre de Cristo cerrar á los pecadores las puertas del arrepentimiento. En la agonía de un imperio como el de Roma, en la perspectiva de unas irrupciones como las del Norte, ¿qual era el deber de los fieles para con estos nuevos tiranos? ¿Procedía el silencio ante delinquentes comunes, que un año y otro contestaban á las órdenes de los emperadores y á las excomuniones de los papas con todo género de crímenes? ¿Procedía morir, ó clamar á las autoridades civiles contra hombres, que al resplandor de los incendios, tendían á inocular en la fé el virus de una intolerancia farisaica y de un odio gentilico? Profundamente examinó San Agustin el asunto. Y contrariando sus inclinaciones, dadas á la noble lucha de la controversia, se atrevió á pedir corrección, no pidiendo la muerte porque recordó «que Dios gusta de que el pecador se convierta y viva.»

El instinto de propia conservación había inspirado ya á las potestades temporales disposiciones conducentes á la seguridad de sus estados. Para combatir á los maniqueos, que entre otros delirios sostenían el principio absoluto de que el gobernado debe negarse á obedecer al gobernante, sancionó Diocleciano un edicto (296) por el cual imponía diferentes penas á los que no «bjuraban, y en especial la del fuego contra los jefes de la secta. Constantino, á pesar de su moderación, vióse obligado á desterrar á Arrio (325) por las numerosas violencias que se cometían en su nombre. Y como aquellas continuaran reproducidas medio siglo despues en los secuaces del herejarca alejandrino; Teodosio, recién bautizado, hubo de advertirlos (380) «que esperaran, además del castigo del otro mundo, las severas penas que su autoridad les impusiera, guiada por la Celeste Sabiduría» (1): promesa que realizó á poco en los contumaces maniqueos, imponiéndoles pena de confiscación de bienes, y hasta de muerte, y ordenando al Prefecto del Pretorio que designara personas encargadas de inquirir y declarar los herejes ocultos (2). La conducta del procónsul de Bitinia, Plinio el Joven, hallaba imitadores en opuesto sentido.

La imparcialidad de la crítica observa, no obstante, que Teodosio fué ménos cruel con la gente heterodoxa que Diocleciano con la ortodoxa, y eso que mientras éste dirigió su política contra un culto que respiraba amor y caridad en sus máximas y en sus actos, aquél la dirigió contra cultos que teórica y prácticamente

(1) Código Teodosiano, lib. XVI, 1, 2, *Cunctos populos.*(2) Idem, 9. *De heret.*

trascendian á venganza insaciable. Y concedido que el emperador católico se extralimitara, nunca llegó á los extremos á que el paganismo llegó anteriormente, y las sectas ilegales despues, en particular la arriana, la más extendida de todas, ora al penetrar en Europa con los bárbaros, ora al despedirse de España con Leovigildo, que dió el primer ejemplo de un padre que degüella á su hijo por fanatismo religioso.

(Se continuará.)

## EL MAL DE LAS MONTANAS.

—o—

Las personas y los animales que son rápidamente transportadas á más de 2.000 metros sobre el nivel del mar, experimentan accidentes que en Europa se llaman «mal de las montañas», en los Andes «soroche ó puna» y en el Himalaya «bies».

El doctor Fourdanet opina que estas enfermedades son causadas por la disminución del oxígeno contenido en la sangre á consecuencia de la disminución de la tensión de este gas en el aire ambiente, y propone que se dedique este organismo con el nombre de «anoxihemia.»

Mr. Bert ha demostrado con numerosas experiencias y análisis que la cantidad de oxígeno contenido en la sangre disminuye á medida que también disminuye la presión, ó en otros términos, que la combinación oxihemoglobina sufre una disociación progresiva bajo la influencia de la depresión.

Estas sangres han sido agitadas en contacto del aire á la temperatura de 15 grados, y reduciendo á cero y á la presión de 0m,76 la cantidad de oxígeno que 100 partes de cada muestra han podido absorber resultó un mínimo de 17 por 100; mientras que las análisis de sangre hechas en Francia acusan solamente de 10 á 12 por 100 para los mamíferos herbívoros de nuestros climas. La hipótesis está, pues, bien comprobada.

En el mes pasado ha sido cogido uno de los mayores y más peligrosos habitantes del mar: el micropio.

Un navio americano que se dirigia á Noruega se hallaba á la altura de las islas Loffoden entre 69°35 y 69°30, de latitud Norte, cuando vió que las aguas se elevaban reinando la mayor calma.

Los vigías señalaron la presencia de un rebaño de cetáceos, y á poco uno de esos enormes seres se acercó al navio. Así que se halló á tiro cayó sobre el cetáceo una lluvia de balas. La masa flotante se detuvo instantáneamente. Los proyectiles habían penetrado profundamente y el monstruo había dejado de existir.

No era una ballena, ni un narval, ni un cachulote: era un micropio. El fisetero micropio es el más terrible y el más ágil de los mamíferos que frecuentan los mares boreales. Ayudo de matazoa, enemigo audaz, intrépido combatiente, el micropio lleva sus destrozos á los hielos del Océano glacial, donde persigue, alcanza y hace pedazos á los mayores y más fuertes de sus semejantes.

El que ha sido capturado por el buque americano mide 20 metros de longitud. Las mandíbulas tienen dientes cónicos, agudos y encorvados hacia la garganta, lo que le permite morder y desgarrar la presa. La carne de micropio es comestible. Su voracidad es asombrosa. Necesita para llenar su estómago varias focas ó marsupiales. Un ballenato es su alimento ordinario.

Plinio refiere que un día un monstruo marino se presentó en el puerto de Ostia. Encalló en la arena, y tenía el lomo parecido á la quilla de un buque.

Los cohortes pretorianas atacaron al gigante marino por medio de dardos lanzados desde barcos. Plinio le llama orco, y es el micropio. Se le ha dado este nombre á causa de la pequeñez de sus ojos.

## EL COLOR DEL AGUA.

Se han propuesto dos teorías para explicar el color verde azulado del agua mirada en grandes masas, como en el lago de Ginebra ó en el Mediterráneo. La una, sostenida por el profesor Tyndall, supone que pequeñas partículas sólidas en suspensión en el agua no reflejan los rayos inferiores ó rayos rojos del espectro; y segun la otra hipótesis, es debido el color á la acción absorbente del agua misma sobre la luz blanca antes y despues de su reflexión por dichas partículas.

En una Memoria reciente dirigida á la Sociedad real de Lóndres, Mr. John Aitken presenta los resultados de las experiencias que hizo el año anterior, demostrando que la última teoría es la más verosímil.

Cuanto mayor es el número de las partículas blancas reflejantes, más verdosa aparece el agua, y por consiguiente de su cantidad depende el cambio gradual del verde oscuro al azul á medida que se aleja la vista de las orillas.

Las aguas del lago de Como deben su color oscuro á la ausencia de partículas reflectorias, como lo probó ingeniosamente Riiken esparciendo creta finamente pulverizada en medio de ese lago, lo que produjo un color azul muy brillante. La viveza de las tintas depende del color de las partículas, y es mayor cuando estas son blancas. Junto á los arrecifes de corales, que generalmente es tan rodeados de arena, el agua toma